

trar en ella nuevas delicias y recibir una instruccion fecunda. En las contemplaciones piadosas que os recomiendo, vereis abrirse la aurora de la fé y ella os llevará mas tarde á soportar la plenitud del esplendor de su sol.

ONOFRE.—Sí, os comprendo, pero vuestra metáfora es mas poética que exacta; no dudo sin embargo que vuestra disciplina me lleva mas ligero á la luz que si continuara buscándola al través de los empañados cristales del escepticismo.

AMBRÓSIO.—Ciertamente pues que no solo estos cristales disminuyen el brillo, sino que atraen tambien su naturaleza.

PHILALETHES.—El ateismo es un error insostenible. Elevémosnos hácia el Ser-Supremo por el ejercicio creciente de nuestras facultades intelectuales. Si no tenemos todos una creencia igual y una religion revelada, la filosofia espiritualista de las ciencias, nos conduce sin embargo, á deducir de ellas la religion natural.

### TERCER DIALOGO.

#### EL INCOGNITO.

CAPITULO PRIMERO

TERCER DIALOGO.

EL INCÓGNITO.

Encuentro del Incógnito en las ruinas del templo de Pœstum.—Conferencias acerca de la formación de las tierras por los depósitos del mar.—Depósitos calcáreos formados por las aguas.—Origen de las piedras y de los mármoles.—El agua y el ácido carbónico.—Geología.—Historia de la Tierra.—Los tiempos primitivos.—El fuego central.—La ciencia moderna y el Génesis.

Los amigos de que se ha hecho mencion en los diálogos precedentes, me acompañaron en muchos de los paseos que daba por el mar y tierra firme y en particular en una visita á los Campos Flegreos. Estábamos á principios del mes de mayo, estacion la mas encantadora para gozar las bellezas naturales y durante la cual pudimos dedicarnos al estudio de la graciosa campiña que rodea la bahía de Nápoles, tan rica por sí misma, tan maravillosamente privilegiada y tan interesante ademas

por sus monumentos y recuerdos de lo pasado. Nuestra última escursión por el Sur de Italia fué lo mas importante, porque me dió á conocer un singular personaje, que ha tenido despues tanta influencia sobre mi vida; este acontecimiento merece detalles particulares y debo contarlos aquí, en este lugar de la obra.

El 16 de mayo de 1818, salimos de Nápoles á las tres de la mañana, con objeto de visitar las ruinas del templo de Pœstum. Habiendo dispuesto nuestros preparativos de viaje con anticipacion, nos encontramos, en hora y media poco mas ó menos, en la vertiente de la costa de Eboli, hácia la llanura donde están situados estos prodigiosos monumentos de la antigüedad.

Aunque mi existencia se prolongase durante diez siglos, creo que nunca podria olvidar el inefable placer que esperimenté al llegar á estos lugares deliciosos. Habiendo bajado del carruaje para tomar el aire nos sentamos sobre la yerba, á la sombra de un pino venerable, y absorta la mirada en la contemplacion de las bellezas desplegadas alrededor y debajo de nosotros. A la derecha, risueñas colinas pobladas de árboles se estendian hasta Salerno; á la izquierda se veian los precipicios de mármol que forman la estremidad meridional de la bahía de Sorrento; inmediatamente á nuestros pies se estendía una fértil campiña, tapizada de viñedos y ornada con quintas de recreo, rodeadas de vastos jardines, en

los que se ecuentran reunidos, el olivo y el ciprés... como para recordarnos cuán unidas estan la vida y la muerte, la alegría y el dolor.

Las montañas un poco lejanas, en todo el esplendor de su verdor primaveral, se perdian en la vasta estension de la llanura de Pœstum; donde como en medio de un desierto se distinguian blancos templos que resplandecian á los rayos del sol en el lejano extremo. El azulado espejo del mar Tirreno completaba este admirable paisaje, que á pesar de tanta belleza, no estaba absolutamente en calma. Soplabá un aire vivificante que venia del Sudoeste, un verdadero céfiro, y su frescura, en medio del dia, era en alto grado, suave y deliciosa; era un soplo del estío, robado por la primavera. No he visto jamás azul mas puro que el de aquellas olas que venian á acariciar la playa, azul trasparente, realzado aun mas á través de las olas por la brillante blancura de sus crestas. En el seno de esta grande y agradable actividad de la naturaleza, se creia sentir algo como una vida renaciente y palpitante; el murmullo que producian al balancearse las ramas del pino, el estremecimiento de sus ramas cargadas de fruto, los suspiros de las olas y el ruido del viento, eran sobrepujados y dominados por el canto de una multitud considerable de pájaros que saltaban en las ramas y entrecortado por los dulces y amorosos arrullos de la paloma de los bosques; de manera

que en este cuadro del trabajo de la naturaleza predominaban los acentos del amor.

Conmovidos hasta el fondo del alma por esta escena encantadora, volvimos á ponernos en camino, y despues de haber elegido un guia en casa de un labrador, comenzamos á examinar las maravillosas ruinas que han sobrevivido hasta al nombre del pueblo que las construyó y permanecen aun casi intactas, en tanto que una ciudad romana y otra sarracena han sido despues edificadas y destruidas. Despues de un largo paseo alrededor de los templos y en pleno sol, nuestro cicerone nos espuso el peligro que se corria en permanecer allí mas tiempo y esponerse á las emanaciones y miasmas que caracterizan tristemente este lugar, y nos aconsejó entrar al interior del templo de Neptuno. Habiendo seguido su consejo, empezamos á examinar la arquitectura interior del templo y cuando mis dos compañeros iban á medir la circunferencia de una de las columnas dóricas de repente llamaron mi atencion hácia un extraño sentado detrás de esta misma columna.

La aparicion de un ser humano en este lugar y á esta hora, era bastante notable, pero el hombre que estaba ante nosotros hubiera sido notado en cualquier lugar, tanto por su postura, como por todo su exterior. Estaba ocupado en escribir en un cuaderno; cuando notó nuestra presencia, se levanté inmediatamente y nos saludó con

mucho agrado, lo cual me permitió ver distintamente su conjunto. Era de estatura alta, esbelto, pero de buena apostura, su rostro ofrecía una estraña espresion, sus ojos eran de color verde-mar penetrantes su frente ancha y lisa sin arrugas y salvo algunos cabellos grises que plateaban sus sienes, se le hubiera podido suponer en el otoño de la vida. Cuando habló á nuestro guia, lo cual hizo correctamente en el dialecto napolitano, me parecia no haber oido nunca una voz mas agradable, mas sonora ni mas argentina. Sus vestidos de una forma bastante original, recordaban desde luego, los de un eclesiástico, sencillo y sin pretension. Sobre el embaldosado; cerca de él, estaba su sombrero de anchas alas; de un blanco gris, adornado con la concha de los peregrinos; su cuello llevaba un rosario de perlas, del que colgaba un largo frasco antiguo de esmalte azul parecido á los que se encuentran en las tumbas griegas. Recogió su sombrero y parecia retirarse hácia otro lado del monumento, cuando le di nuestras excusas por haberle interrumpido en sus estudios, rogándole volviese á continuarlos, pues nuestra presencia no debia ser mas que momentánea; el sol se habia ocultado entre las nubes y comenzaba á disminuir el gran calor que nos habia obligado á entrar allí.

Yo le habia dirigido la palabra en italiano, pero me respondió en mi lengua natal, añadiendo que suponía

que el temor de contraer la fiebre nos habia obligado á buscar un refugio; pero que era prematuro á la sazón tener algun temor bien fundado hácia este terrible enemigo, cuyos estragos se dejan sentir sobre todo en estío. Sin embargo, añadió, llevo siempre conmigo este frasco como preservativo contra los efectos de la malaria y he adquirido con la esperiencia el convencimiento de que es una costumbre muy eficaz.

«¿Cuál puede ser la naturaleza de ese preservativo de la fiebre? le pregunté, creyendo que seria sin duda conveniente divulgar este específico y hacerlo conocer á los viajeros.

—Es me respondió, una mezcla que produce lentamente una sustancia llamada clorina bien conocida en química para destruir el contagio. Un amigo mio que vive en Italia hace mucho tiempo y que ha hecho muchos experimentos esponiéndose á la fiebre en las estaciones y en los lugares mas peligrosos me asegura con certeza que considera á la clorina como un preservativo completo. No estoy del todo convencido, pero esto no puede producir mal alguno, y sin esperar á convencerme de su utilidad, la uso sin tener en ella una absoluta confianza, atendido á que para la esperiencia, no quiero esponerme como el amigo de quien he hablado (1).

(1) Sabemos que se debe al mismo Sir Humphry Davy el descu-

—Muchos hombres de ciencia, respondí, y en particular Brocchi (1), han puesto en duda la existencia en

brimiento del cloro, es decir, la demostracion de la simplicidad del ácido muriático oxigenado. Berthollet, y despues Gay-Lussac y Thénard, en vano habian intentado desoxigenar el ácido muriático oxigenado; pero la teoría reinante de Lavoisier, que enseñaba que el oxígeno era el *único* elemento de la combustion, les habia impedido llegar á la solucion del problema. La química debe á Davy haber demostrado que este pretendido ácido obtenido por vez primera por Scheele, es un  *cuerpo simple*, y que combinándole con el hidrógeno, forma el ácido muriático. El ingenioso químico dió al punto á esta sustancia el nombre de *clorina*, de la palabra griega *chloros* (verde amarillo), á causa del color de este gas. Terminóse por designarle mas sencillamente, bajo el nombre de *cloro*, cuyo nombre lleva hoy definitivamente.

Todo el mundo conocia las propiedades desinfectantes del cloro.

El descubrimiento del iodo,—sustancia cuyas propiedades químicas tienen una gran analogia con las de la precedente,—hecho igualmente por Sir Humphry Davy en la misma época (1813),—imprimió grandes adelantos á la nueva teoría química. Estos años son de los mas memorables en la historia de la química.

C. F.

(1) Geólogo italiano que nació en 1772 y murió en 1826, publicó entre otras una memoria muy detallada sobre el aire de Roma y de sus alrededores; una gran obra *dello Stato Fisico del suolo di Roma*, y estudios geológicos y meteorológicos.

La misma cuestion de si existen ó no en la atmósfera corpúsculos, gérmenes y animales productores de las fiebres, el cólera y las epidemias, ha sido puesta á la orden del dia en estos últimos años.

la atmósfera de toda sustancia específica que pueda ser el origen de las fiebres intermitentes en los países pantanosos y en los climas cálidos. También, dice, que está más dispuesto á atribuir la enfermedad á causas físicas dependientes de las grandes diferencias de temperatura entre el día y la noche, y á los efectos refrigerantes de espesas nieblas, tan comunes por mañana y tarde en determinados lugares. Basado en esta hipótesis, recomienda vestidos de mucho abrigo y hogueras durante la noche, como las mejores garantías que puedan ofrecerse contra estas insufribles enfermedades, tan fatales á los labradores que permanecen el estío y el otoño cerca de los pantanos de Roma, de la Toscana y Nápoles.

—Conozco estas opiniones, que no carecen de alguna importancia, respondió el incógnito; pero la no existencia de una materia específica que lleve el contagio en la atmósfera pantanosa, no puede ser probada por el solo hecho de que la química no lo haya descubierto aun. Se conocen tan poco los agentes que pueden afectar la constitucion humana, que es casi inútil razo-

Nuestros lectores conocen, entre otras las ideas de M. Raspail, y las observaciones de M. Ponchet de una parte, así como las de M. Pasteur. El problema no está resuelto todavía.

C. F.

nar sobre este asunto. No es menos cierto que la línea de la malaria se dibuja sobre las lagunas Pontinas, por una espesa niebla mañana y tarde, y que la mayor parte de las antiguas ciudades romanas habían sido ya fundadas sobre las eminencias, mucho más allá de la niebla. Yo mismo he experimentado los singulares efectos del ambiente que existe en la proximidad de los pantanos, por la tarde después de un caluroso día; y los casos en que han sido presa de la fiebre en la estación mal sana, al esponerse una vez tan solo al lugar infestado del aire mal sano, apoyan á mi parecer la idea de que existe en la atmósfera que rodea estos lugares, algo análogo á una sustancia deletérea. Pero no lo tengo por cierto. No obstante, creo que no está lejano el día en que los progresos de la fisiología y la química decidan esta importante cuestion.»

En este momento, Ambrosio, que deseaba saber si las masas de travertino de que están contruidos estos templos y sus muros ciclópeos, han sido formados como se cree, de algun depósito acuoso del Silaro (1), preguntó al incógnito su parecer acerca de este asunto. Su actitud, respecto de nuestro cicerone, mostraba en efecto que debía conocer el templo de Pæstum, bajo todos conceptos.

(1) El Sélé, rio que baja de los Apeninos al golfo de Pæstum.

—Sin duda, respondió, el Incógnito, son estas masas el producto de un depósito acuoso del Silaro; pero creo mas bien, continuó, que estas piedras proceden de una cantera, que se encuentra cerca de un antiguo lago, próximo á la ciudad. En media hora, si quereis, despues de terminar vuestra visita al templo con vuestro guía, os conduciré á dicho lago, y reconocereis conmigo qué masas tan considerables de travertino y de toba calcárea han sido estraidas.»

Aceptamos con agradecimiento esta atenta invitacion, y despues de haber dado la vuelta á las ruinas, como se acostumbra, volvimos al sitio donde nos aguardaba el incógnito, quien nos sirvió de guía y nos condujo fuera de la ciudad á las orillas de un estanque ó lago que existia á poca distancia. Marchamos hasta la ribera sobre una masa de toba calcárea, y se podia ver que hasta las cañas que la rodeaban estaban incrustadas de esta sustancia. Habia cierta melancolía en el aspecto de esta agua: á su alrededor todas las plantas estaban grises y como incrustadas de mármol; algunos búfalos que bebían de ella desaparecieron rápidamente á nuestra aproximacion, y parecían esconderse en una escavacion de la roca ó en una cantera situada á la estremidad del lago. Observamos en la superficie del lago un gran número de pájaros, y al examinarlos vimos que eran golondrinas de mar. Agitaban la superficie del

agua y parecían muy ocupados en destruir, en compañía de la libélula, millares de mosquitos que se elevaban del fondo, y que revoloteaban alrededor nuestro en torbellinos que comenzaban á sernos desagradables.

—Ved aquí, dijo el incógnito, á lo que atribuyo la formacion de aquellas piedras compactas y duraderas que se ven allá abajo en la llanura. Esta agua hace rápidamente depósitos calcáreos; hasta si se arroja en ella un palo cualquiera, se cubre de esta sustancia en algunas horas. Hácia cualquier punto de la ribera donde se dirija la mirada, se ven masas de este mármol, producido recientemente por el desbordamiento del lago durante las inundaciones del invierno; y en aquella grande escavacion donde desaparecieron los búfalos, se puede observar la separacion de inmensas masas de estas piedras verificada evidentemente por la mano del arte en los pasados tiempos. El mármol que hay actualmente en la cantera, es de la misma calidad y grano que el que se ve empleado en las ruinas de Pæstum, y creo que es casi imposible dudar que se han estraido de este sitio en gran cantidad los materiales que sirvieron para construir tan singulares monumentos.»

Ambrosio era del mismo parecer. Me tomé entonces la libertad de preguntar á nuestro sábio guía acerca de la cantidad de materia calcárea que en disolucion podia contener el lago, atendiendo que, segun mi parecer,

para obtener estos depósitos tan considerables y rápidos era preciso una extraordinaria cantidad de materia sólida, disuelta, ya directamente por el agua, ya por algún procedimiento especial. «Este agua, me dijo, es parecida á la de la mayor parte de los manantiales que nacen al pie de los Apeninos; contiene ácido carbónico en disolución, por haber disuelto una parte de la materia calcárea de las rocas por donde ha pasado; el ácido carbónico se disipa en la atmósfera, y el mármol desciende lentamente, toma una forma cristalina, y se deposita en piedras coherentes. El lago que se estiende ante nosotros no es particularmente rico en una enorme cantidad de materia calcárea, pues según mis investigaciones, no se encuentra en medio litro sino 5 ó 6 granos (1); sin embargo, la cantidad de agua por una parte y el tiempo por otra, bastan para explicar los inmensos bancos de toba y de rocas que, durante el curso de los siglos, se han acumulado en este lugar.

—¿Puedo preguntaros si se tiene alguna idea de la causa de esta gran cantidad de ácido carbónico que existe en las aguas de este país? preguntó Onofre, cuya curiosidad se habia despertado.

—No he dejado de formar una opinion sobre este punto, y me será muy grato transmitirlos, respondió el

(1) Cuatro decigramos próximamente.

incógnito. Tengo por muy probable que existe una fuente de fuego volcánico bajo la superficie de Italia, en toda la region del Sur, y que la accion de este fuego sobre las rocas calcáreas, de que están compuestos los Apeninos, aislan constantemente el ácido carbónico, el cual elevándose hácia estas fuentes, depositadas por el agua de la atmósfera, debe impregnarlas con bastante rapidez y hacerlas capaces de disolver la materia calcárea. No tengo necesidad de citaros el Etna, el Vesubio, las islas de Lipari para probar que aun existen fuegos volcánicos; pero además, no se puede dudar que en los tiempos pasados toda la Italia estuviese devastada; hasta Roma, la ciudad Eterna, reposa sobre los cráteres de apagados volcanes. La historia tradicional del incendio causado por Faetonte, conduciendo mal el carro del sol y la caída en el rio Pó de este pequeño Dios, imagino pudiera haber sido alguna erupcion volcánica terrible, que habria cubierto á la Italia entera, y no terminaria sino al pie de los Alpes cerca del rio. Sea lo que quiera, lo cierto es que las fuentes de ácido carbónico son muchas, no solamente en los Estados napolitanos, sino tambien en los Estados romanos y en la Toscana. La catarata mas magnífica de Europa, la del Velino, cerca de Terni (1), está alimentada en parte por un

(1) El Velino es un rio que nace en el S. O. de la provincia de los



riachuelo, en el que se encuentra una gran cantidad de materia calcárea disuelta por el ácido carbónico; á pesar del poder de la caída, se forma constantemente un depósito de mármol y se cristaliza en el lecho donde cae. El Anio ó el Teverone, que en belleza casi se aproxima á la del Velino, por el variado número de sus grandes y pequeñas cascadas, está igualmente formado de agua calcárea. Hay todavía otro manantial análogo mas notable, que se desvía en este rio hácia Tívoli. Lo habeis visto probablemente en vuestras escursiones á la campiña romana. Es el *Lacus Albula*, ó lago de Solfatara.

—Me acuerdo en efecto, dijo Ambrosio, precisamente lo hemos visto esta primavera; fuimos á examinar algunos antiguos baños romanos; el color azulado del agua, las enormes dimensiones del manantial y el desagradable olor del hidrógeno sulfurado, que rodea el lago, fueron para nosotros objetos dignos de atención.

—Cuando volvais al Lacio, os aconsejo que visiteis otra vez este lugar, que es tan interesante por mas de un concepto, dijo el Desconocido, y si gustais, os citaré algunas de sus principales curiosidades.

No habeis visto mas que el lago en donde estaban

Abruzzos y se estiende con bellas cascadas en un curso de 95 kilómetros. Cerca de Terni (Umbria) forma la bella catarata de la Marmora, cayendo de una altura vertical de 165 metros.

C. F.

los baños de los antiguos Romanos; pero hay otro, solo á algunos metros de distancia, casi oculto por los grandes cañaverales que le rodean. Este estanque envia al gran lago una considerable corriente de agua templada, pero no muy impregnada de ácido carbónico; el lago de mas estension viene á ser actualmente una solución saturada de este gas que, en ciertos parajes se escapa de la superficie en cantidades tan considerables que se podria suponer á esta agua en ebullicion. Con mis esperimentos he llegado á encontrar que el agua tomada del lugar mas tranquilo del Lago, aunque se haya agitado y espuesto al aire, contiene en disolucion una cantidad mayor, que su propio volúmen, de gas ácido carbónico, con una pequeña cantidad de hidrógeno sulfurado, en presencia del cual creí poder atribuir su antiguo uso á la curacion de las enfermedades de la piel. He encontrado que la temperatura de los mas calientes lugares, era en invierno de mas de 80 grados (1) y que parecia ser muy constante, pues no difiere sino en algunos grados en el manantial superior, durante enero, marzo, mayo y principios de junio. Este calor proviene pues, de una fuente subterránea que está cerca de 20° (2.° cent.) por cima de la temperatura media de la atmósfera.

(1) Ochenta grados Fahrenheit, esto es 27° centígrados.

Kircher, en sus «*Mundos subterráneos*,» da, acerca de las variadas maravillas de este lago, pormenores sin fundamento la mayor parte de ellos, tales son, por ejemplo, sus alegaciones: «de que es insondable, que el calor del fondo es igual al del grado del agua en ebullicion y que se elevan islas flotantes en el golfo de donde proceden.» Es ciertamente muy difícil ó hasta imposible sondar una fuente que se eleva con tanta fuerza de una escavacion subterránea; y en una época en que la química no habia hecho sino pequeños progresos, era facil engañarse y tomar el desprendimiento del ácido carbónico, por agua en estado de ebullicion. Islas flotantes existen en la actualidad, pero es muy curioso que no se haya emitido ni por Kircher, ni por ninguno de los escritores que han descrito despues este lago, ninguna hipótesis científica sobre su origen. La elevada temperatura de esta agua y la cantidad de ácido carbónico que contiene, la hace con particularidad apta para suministrar un alimento á la vida vegetal; los bancos de travertino están cubiertos por todas partes de musgo, cañas, conferveas y plantas acuáticas de diversas especies. Al mismo tiempo que se verifican los hechos de la vida vegetal, la materia calcárea depositada por todos lados, en virtud de hallarse en libertad el ácido carbónico, se cristaliza tambien y dá al lago una apariencia lechosa en vez del matiz azul que presentaria

en cualquier otro caso. La descomposicion del ácido carbónico da lugar á una vegetacion en tal manera rápida que, hasta en invierno, masas de conferveas y de musgos, mezcladas en el depósito de travertino, se desprenden constantemente de las orillas, flotan sobre la corriente y forman esas pequeñas islas que se ven siempre en la parte mas ancha del rio. A veces, no tienen sino algunas pulgadas de diámetro y están compuestas de conferveas de un color verde oscuro, líquen amarillo ó musgo purpurino; pero otras miden muchos pies y hasta contienen diversas especies de plantas acuáticas mas ó menos incrustadas de mármol. *Segun el autor.*

Creo que no existe en el mundo un lugar en que haya un ejemplo mas sorprendente de la oposicion, del contraste que existe entre las leyes de la naturaleza animada é inanimada; asi como entre las fuerzas inorgánicas de la afinidad química y sus fuerzas vitales. Los vegetales en una temperatura semejante, rodeados como lo están de todos los elementos de su existencia, se producen con una rapidez maravillosa; pero las cristalizaciones se forman con una rapidez igual y apenas aparecen unas y otras, cuando son destruidas en conjunto las unas por las otras. Resulta que por el calor y la cantidad de materia vegetal que este lago produce, es el refugio de tribus de insectos de una variedad infinita á pesar de sus exhalaciones sulfurosas. En invierno,

aun en el día mas frio, las moscas pululan en gran número, mostrándose sobre los vegetales de la ribera, ó sobre estas islas flotantes; y se pueden ver sus larvas en cantidades enormes incrustadas algunas veces y completamente destruidas otras por la materia calcárea, lo que á menudo es la muerte del insecto, lo mismo que la de los diversos crustáceos que se encuentran en medio de los vegetales que crecen en las orillas y que son destruidos rápidamente por el travertino.

Bécadas, patos silvestres y pájaros acuáticos, de muchas especies, visitan con frecuencia estos lagos, atraídos por la temperatura y la cantidad de alimentos que abundan en ellos; pero por lo regular, se limitan á las orillas á causa de que el ácido carbónico desprendido de la superficie les seria fatal, si se arriesgasen á nadar allí cuando el agua está tranquila. Deseando medir la intensidad del depósito formado incesantemente por estas aguas, introduje un día un palo en una masa de travertino cubierto de agua. Era en el mes de mayo; cerca de un año despues, al principio del mes de abril siguiente, lo retiré é hice su exámen con objeto de determinar la naturaleza del depósito. El agua en esta época estaba mas baja que de ordinario, sin embargo, me costó alguna dificultad romper con un martillo puntiagudo, la masa adherida á la estremidad del palo. Tenia un espesor de algunas pulgadas. La parte superior,

era una mezcla de toba ligera y de hojas de conférveas; mas abajo era de travertino mas sólido y mas oscuro, conteniendo masas de conférveas negras y descompuestas, en la parte inferior, el travertino aparecia aun mas sólido y de un color gris; pero con cavidades, resultado, segun creo, de la descomposicion de la materia vegetal.

«He pasado horas enteras, y aun puedo decir dias, en el estudio de los fenómenos de este lago misterioso, añadió el Desconocido con una voz mas pausada y grave. Han despertado en mi alma bastantes pensamientos en relacion con los primitivos cambios de nuestro globo, y mas de una vez he dejado desarrollarse mis razonamientos, desde las formas de plantas y animales conservadas en el mármol de esta fuente termal, hasta los grandes depósitos de rocas secundarias; donde los zoófitos, corales, etc., han trabajado en mayor escala y palmeras, y vegetales desconocidos en la actualidad, han sido conservados con restos de cocodrilos, tortugas y animales gigantescos, estintos hoy, del género saurio colosos que parecen haber pertenecido á una época en que el globo entero poseia una temperatura mas elevada. De la misma manera, los notables fenómenos que se verificaban á mi alrededor en aquel lugar, me obligaron frecuentemente á comparar las obras del hombre con las de la naturaleza.

Los baños que fueron construidos en él, hace próximamente veinte siglos, no son en la actualidad mas que un monton de ruinas, y hasta los ladrillos con que fueron edificados, aunque endurecidos por el fuego, están reducidos á polvo. Por el contrario, las masas de travertino de las inmediaciones, aunque formadas por un mantal de los mas destructibles materiales, se han endurecido con el tiempo, y los restos mas perfectos de las grandiosas ruinas de la ciudad eterna, tales como los arcos de triunfo y el Coliseo, deben su duracion á esta causa. Ahora bien, todo lo que se puede saber de este asunto, salvo algunos cambios quizá en sus dimensiones, este lago está en el mismo estado que Plinio lo describió hace diez y siete siglos, con estas mismas islas flotantes, estas mismas plantas y estos mismos insectos. Lo conozco desde hace quince años y me ha parecido siempre bajo estas relaciones, precisamente idéntico y sin embargo, tiene el carácter de un fenómeno accidental, dependiendo del fuego subterráneo. ¡Cuán maravillosas son las leyes por medio de las que se conservan los tipos mas humildes de la existencia orgánica, aun cuando nacen en medio de las causas de su destruccion! ¡Por estas leyes admirables, una especie de inmortalidad es dada á estas generaciones que flotan, por decirlo así, como pasajera burbuja de aire escapada de las profundas cavernas de la tierra y que pierden á

cada instante lo que podríamos llamar su vida en la atmósfera!»

Estas últimas observaciones del Desconocido me trajeron á la memoria algunos fenómenos que habia observado muchos años y de los cuales no me habia podido dar una esplicacion satisfactoria. Estaba de caza en las marismas que rodean las ruinas de Gabia, y donde se encuentran aun vestigios que se suponen provenir del acueducto de Alejandro. Una colina insular compuesta enteramente de travertino, se presentó á mi vista; en su cima habia formaciones de toba producidas evidentemente por una corriente de agua; pero toda la masa estaba perfectamente seca é incrustada de vegetales. A primera vista me habia creído formada esta pequeña montaña por un salto de agua calcárea, ó una especie de pequeña fuente análoga á los geisers, que hubiera depositado el travertino y hubiese continuado elevándose al través del depósito, partiendo de un nivel mas elevado. Sin embargo, la figura irregular de la eminencia, no respondia á esta idea, y quedé perplejo ante el hecho, sin poder explicar la causa. Hoy me parece probable, segun los datos suministrados por el Desconocido, que el agua calcárea habia salido de antiguas hendiduras del acueducto y habia formado una colina bajo la cual se habian encerrado los ladrillos del monumento. Los que, en otros lugares, no habian reci-